



La fotografía más allá de la técnica

Por José Antonio Porcayo



Fotos: José Antonio Porcayo

Cuando voy a una librería lo primero que hago es ir, como el ratón que busca el queso, directamente a la sección de fotografía. Siempre encuentro dos tipos de libros básicos: los que explican de forma muy meticulosa la técnica, pesados y densos como su contenido, es decir, con un exceso de información para tomar “buenas fotos”; los segundos son los grandes compendios visuales de los expertos. No obstante, ambos tienen algo que yo, cuando era principiante, no lograba comprender: aquello que va más allá del conocimiento mecánico.

Ese instante que hay entre el tiempo y lo mirado es un todo imperceptible que contiene una intención, aunque nunca seamos conscientes de ella; la forma correcta de denominar ese algo es lo incierto. Por fortuna, esa incertidumbre es cuestionada de muchas formas en textos valiosos que, ocasionalmente, como bálsamo para la piel, se encuentran en los estantes debatiendo aspectos de la fotografía y su relación con la sociedad; otros ahondan en la mirada, en el tiempo, en la memoria, en el *punctum*, en el arte o las tendencias que han transitado por el paso de los años.

Agradezco infinitamente estas obras porque me han permitido respirar ante la invasión de lo técnico, que quizá sea el mal por el cual atravesamos muchos fotógrafos. Nos enseñan a tomarle fotos a una flor, a congelar o mostrar el movimiento del agua con hermosos efectos de seda, ¿y luego? La mayoría de las imágenes se quedan en ese punto estético que fue concebido por un *operator*, término que Roland Barthes utilizó para definir a una especie de fotógrafo autómatas, pues, con unas cuantas reglas técnicas establecidas, sólo aprieta el botón de la cámara, pero no piensa en el mensaje que desea transmitir.

En contraste, un fotógrafo que analiza el entorno es capaz de plasmar una construcción de la realidad. Su idea original estará condicionada por un cúmulo de experiencias, conocimientos, cultura e ideología; además, discrimina por

naturaleza sin ser consciente de ello la mayoría de las veces. Esa selección lo lleva a tomar decisiones que, junto a la luz y la escena, da forma a una imagen más significativa; John Berger la definiría como la huella, palabra muy lejana del adjetivo “bonito” o “estéticamente agradable”; en suma, es la imagen que trasciende y toca al espectador.

Cuando comencé esta actividad estaba ansioso por aprender a usar mi cámara; cada botón era un descubrimiento nuevo. Tomé talleres y diplomados donde se insistía en aprender de manera mecánica. Recuerdo un grupo con el que tuvimos clase en un parque y todos fotografiamos lo mismo: flores y la típica práctica del globo explotando para entender la velocidad y congelar el objeto. Una misma toma está bien como un punto de partida para comprender esa parte técnica, pero la semiótica no se aborda y eso propicia la generación de fotografías a granel: todos capturan las mismas imágenes sin profundizar en su proceso de creación.

Al respecto, Andreas Feininger, uno de los grandes teóricos y técnicos en fotografía, afirmaba que: “la mayoría de las personas valora la efectividad de una fotografía de acuerdo con su ejecución técnica. Si es nítida y los colores son naturales, se considera una buena fotografía. Si no, no lo es. En mi opinión, esta actitud es como juzgar el trabajo de un escritor por la exactitud de su gramática y ortografía; porque incluso una fotografía técnicamente perfecta puede ser también una imagen aburrida y sin contenido. Personalmente, considero que una cámara es el equivalente de la máquina de escribir de un novelista o periodista –un instrumento indispensable en nuestra profesión–, pero no algo sobre lo que tengamos que preocuparnos en exceso. De lo contrario, un fotógrafo puede convertirse fácilmente en esclavo de una actitud caracterizada por la frecuente expresión: ‘Si tuviera una Nikon (o una Leica, o una Pentax...), yo también podría hacer buenas fotografías’, lo que, obviamente, constituye una falsa ilusión” (2008: 7).

Esa esclavitud de la que habla Feininger abunda en las redes sociales y en internet cuando vemos un cúmulo de imágenes similares con diferentes modelos, escenarios y diferentes equipos. Podríamos realizar un experimento en el que seleccionáramos los perfiles de varios fotógrafos incluidos en alguna plataforma famosa de imágenes *random*;





a cada foto se le aplicará el mismo filtro y el resultado será la dificultad para descifrar a quién corresponden. Encontrar un estilo propio lleva tiempo y un gran esfuerzo, lo cual no significa que ser 100% original sea inalcanzable, pero ¿quién lo es en estos tiempos? Somos un constructo de todo lo que hemos vivido, leído, comido, hablado; por tanto, debemos ampliar nuestra experiencia y cuestionarnos constantemente ¿por qué tomé esa imagen?, ¿qué me llevó a enfocarme en esa escena?, ¿qué me llama la atención del sujeto al que me acerqué?

Si nos damos esa oportunidad, abriremos la posibilidad de realizar un trabajo más relacionado con el entorno y el mundo en general. Algo cambia considerablemente cuando dejamos de correr contra el reloj. El tiempo es un aliado para analizar diferentes ángulos, pues hay que esperar

el momento preciso y la luz adecuada para disparar, tener un periodo de contemplación y esto se puede usar en fotografía periodística, documental o artística. Grandes fotógrafos, como Henry Cartier-Bresson, Ansel Adams, Helmut Newton, Manuel Álvarez Bravo, Graciela Iturbide, Nan Goldin, Nobuyoshi Araki, Robert Mapplethorpe, David LaChapelle, Cindy Sherman, encontraron ese punto de lucidez en la ambigüedad del tiempo para dejar una huella en sus imágenes.

Hace poco hice unas tomas de la ciudad de Toluca. Durante cinco días me di cita en el centro a las 5:30 a.m. para disfrutar la brisa del aire de la madrugada y ver despertar el espacio, que poco a poco se iba llenando de vida; si veía a una persona que me interesaba, me acercaba a ella. No pensaba que la primera foto sería la adecuada; en realidad, examinaba el escenario con mi lente, hacía conciencia de la luz, las sombras, el espacio, las texturas y lo que se movía alrededor. Comenzaba a tomar una serie y al final del día escogía la mejor; en algunas ocasiones sólo tenía una oportunidad. Mi ojo, pensamiento, deseo, impulso y conocimiento debían estar a flor de piel para plasmar lo que tenía en mente.

Bien lo refería Feininger, en la fotografía lo más importante es el sujeto; no se puede crear una imagen impactante si no existe interés; eso marca la diferencia, y por eso la concibo como un proceso de discriminación que me permite ir más allá de lo que el ojo puede ver. 

- Referencias
- Berger, John (2016). *Para entender la fotografía*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Feininger, Andreas (2008). *Andreas Feininger (1906-1999) [cat. expo.]*. Madrid: Fundación Juan March.



José Antonio Porcayo es fotógrafo profesional, egresado de la Licenciatura de Ciencias de la Comunicación del ITESM, Campus Toluca, y graduado con mención honorífica de la Maestría en Estudios Visuales por la UAEM. Ha trabajado en campañas publicitarias, cine y festivales culturales. Su especialidad es el retrato. Ha expuesto en varias entidades del país, así como en Nueva York y Milán.